

---

• ESTUDIOS

# Juventud, Identidad y Medios de Comunicación

---

MARUJA ARMADA

Pocas etapas de la vida han sido tan exaltadas como la juventud. Los esfuerzos por obtener el elixir de la eterna juventud y obras literarias como el retrato de Dorian Gray ejemplifican este anhelo, a veces un tanto nostálgico, del hombre occidental viviendo en una cultura signada por un profundo temor a envejecer y a la muerte. No obstante todo este halo en torno a la juventud "en abstracto", la respuesta de las sociedades hacia los jóvenes resulta a primera vista desconcertante, para inmediatamente después ponerse de manifiesto un alto contenido manipulatorio. En este sentido la lucha de los jóvenes por ser ellos mismos, por el ejercicio de un cierto grado de libertad, resulta explicable y justificada, aunque las formas que asume no siempre sean las más convenientes para ellos y para los "otros".

A los efectos de lo que a continuación expondremos, se considerará joven a todo aquel con una edad comprendida entre los quince y veintidós años, ya que es ésta una etapa preparatoria para el ingreso al mercado de trabajo, la formación de pareja y la paternidad.

Durante este período se combinan factores de índole muy diversa como anatómicos, fisiológicos, afectivos, intelectuales, sociales, culturales, económicos, entre otros, para convertirla en el continente de numerosas opciones contradictorias que dan por resultado incertidumbres, ambigüedades, avances y retrocesos, esperas ansiosas y riesgos impensados.

Margaret Mead y muchos otros antropólogos culturales y psicólogos sociales han alertado sobre la influencia de específicas configuraciones culturales y de determinadas organizaciones sociales en la producción y/o acentuación de las dificultades que la caracterizan. Se han escrito cientos, quizás miles, de libros sobre esta problemática, pero el saber que se ha venido acumulando no parece haber encontrado todavía el lugar que le corresponde en la mente de los planificadores sociales, ni tampoco en la de los políticos y otros dirigentes de la sociedad. El seguirla considerando como un tránsito le resta existencia propia. Para muchos, el hombre es inicialmente niño y después adulto. Las sociedades se planifican como si estuvieran constituídas casi exclusivamente por adultos, con un pequeño sector infantil que es tomado en cuenta fundamentalmente en lo que respecta al nivel de subsistencia. El nivel existencial es permanentemente ne-

gado en la implementación de políticas. En los grupos hacia los cuales van dirigidas, parece como si sólo existieran niños por alimentar y adultos que deben producir lo suficiente para garantizar aquellos aspectos de la subsistencia que no caen bajo la tutela del Estado. No se admite que, tanto el nivel de productividad como el efecto de la satisfacción de las necesidades de subsistencia, están íntimamente relacionados con el nivel existencial. De éste depende la posibilidad de disfrute en general, y la efectividad de la satisfacción de necesidades proporcionada desde el exterior. También de él dependen, en gran parte, la capacidad de tolerancia a la frustración, la posibilidad de expresar y recibir afecto y el aprendizaje. En la etapa juvenil el nivel existencial alcanza el máximo de conflictividad que se centra en torno a un complejo trabajo de reconstrucción de la identidad, tanto en sus aspectos más individuales como sociales.

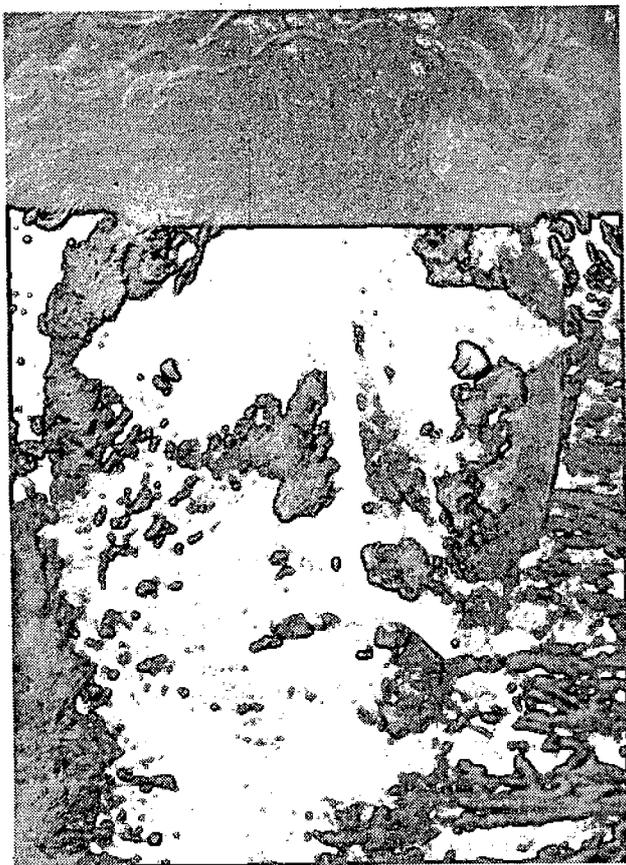
Pardójicamente en muchas de las sociedades a las que, injusta y despectivamente, se les ha denominado primitivas, se han generado respuestas a este problema que parecieran más efectivas que las que hasta ahora han intentado las llamadas modernas. En Samoa, por ejemplo, la juventud, aun con todas las alteraciones fisiológicas y antómicas, fué una época tranquila, más bien plácida. En otras se han elaborado complicados rituales de iniciación con arduas pruebas a superar que permiten cancelar definitivamente la etapa vital anterior. A esta última se le da una clara calificación social que contribuye a definir la representación del sí mismo del sujeto, en tanto miembro de una etapa que ya cubrió. Los rituales, la superación de pruebas y la instrucción durante estos ritos, dotan del conocimiento necesario acerca de las tareas a llevar a cabo en la etapa siguiente y de la preparación anímica requerida para lograrlo. Existen, además, normas definidas, recompensas, apoyo y orientación social que dan significado a la nueva etapa junto con un sentimiento de pertenencia y orgullo para el iniciado.

Cabría preguntarse ¿por qué las mal llamadas sociedades primitivas han logrado soluciones más acordes con las exigencias individuales y socio-culturales de esta etapa? ¿Qué pasa, entonces, en nuestras civilizadas y complejas sociedades modernas? y ¿por qué cada día parece más difícil ser joven y, sin embargo, quienes han dejado de serlo se empeñan en negarlo?

Explicaciones se han dado muchas. A medida que avanzó el conocimiento de los procesos de comunicación se postuló como problema central la incomunicación entre padres (adultos en general) y jóvenes. Con los numerosos y profundos cambios de los últimos veinte años, de los cuales una parte de la humanidad fué espectadora y otra autora, se conformó un mundo que contenía más cambios que todos los contenidos en la historia anterior, creándose, como consecuencia, una extensa brecha generacional en donde se ubicaron todos los problemas juveniles. Las rivalidades entre adultos y jóvenes en un mundo extremadamente competitivo y en donde la juventud es siempre una generación de reemplazo, también fueron consideradas.

Frente a las diferentes modalidades que asume la situación de la juventud en cada sociedad y en cada momento histórico, se ha mantenido como constante la problemática de la identidad. Esa búsqueda de sí mismo, ese perseguir las respuestas al conjunto de interrogantes que su situación peculiar le plantea: ¿quién realmente es?, ¿a qué pertenece?, ¿de dónde efectivamente procede?, ¿hacia dónde se dirige?

En medio de esa búsqueda e indagación, el futuro se presentó, hasta hace poco, como tentativo de las respuestas de la mayoría de los interrogantes y el vehículo de muchas de las soluciones a los problemas que estaban en la base de estos cuestionamientos. Se esperaba y deseaba que el tiempo pasara rápido. Mientras esto ocurría era necesario conseguir un lugar en la sociedad, un espacio en el cual el joven pudiera reconocerse a sí mismo sin la referencia a su pasado infantil o a su futuro adulto, sino a partir del "aquí y ahora", de lo que efectivamente era y estaba siendo. Se trataba un poco de detener el tiempo de la sociedad para reconocerse a sí mismo



o de apresurar su paso para poderse identificar con los miembros de ésta convencionalmente aceptados. Ninguna de estas alternativas parecía depender de ellos y una transacción ante el dilema lo constituyó el simple deseo de ser tomados en cuenta, de ser clasificados, no importa cuán negativamente se hiciera. A todos resulta familiar la conducta ruidosa de los jóvenes, las pandillas, su arrogancia y provocación compensatorias. Para esta época, no lejana, no sólo la solución individual se ubicaba en el futuro, sino que, a pesar de la negación que se hacía del joven en tanto miembro de su sociedad, siempre se reconoció que en este momento de la vida, incierto, ambiguo y conflictivo, se estaba gestando tanto el futuro individual como el colectivo. Hoy esta orientación del desarrollo humano con características lineales, irreversibles y, quizás, un tanto mesiánicas con respecto al tiempo, parece no poder sostenerse más. La conciencia de este cambio de orientación temporal apareció primero en el sector juvenil y, si se analiza su comportamiento social, sus manifestaciones artísticas, su artesanía e indumentaria, fácilmente pueden encontrarse indicadores del mismo desde hace casi dos décadas, lo que contrasta con la negación de su existencia de parte de los estudiosos.

Las características del mundo contemporáneo han obligado al joven a no devorar más el tiempo, sino a salirse de él. El futuro, en tanto miembro de esta sociedad, significa mercado

de trabajo sobresaturado, la dolorosa conciencia de que años de preparación y formación no encuentran oportunidad de ser aplicados ni aprovechados en forma alguna, la inminente confrontación entre naciones por motivos no siempre claros, y la posibilidad de una guerra nuclear. La juventud, que una vez luchó por un lugar dentro de la sociedad y por el reemplazo generacional oportuno, hoy parece verse empujada a la construcción de un espacio y tiempo sociales nuevos, diferentes a todo lo existente, pero que puedan albergarlos. La vida cotidiana ilustra con variadas situaciones estos intentos. Por ejemplo, los transistores con audífonos permiten compartir un espacio físico, pero no uno social ni tampoco el tiempo, así se esté en un autobús, el metro o un parque.

Los movimientos juveniles a través de sus diferentes formas de expresión, la música, la moda, especialmente el fenómeno punk, contienen intentos de creación de estos espacios y tiempos sociales diferentes y también de asegurarse la exclusión de los otros provocando desconcierto mediante el empleo de los más diversos medios de expresión de su desacuerdo con lo establecido.

Se tiene entonces que, a la constante complejidad en la conformación de la identidad del joven, se han agregado recientemente nuevos elementos que suponen un mayor grado de problematización. Los mismos están relacionados con la visión apocalíptica que pesa sobre ellos. Esta visión incide directamente en el sentimiento de mismidad o la sensación de continuar siendo el mismo, aun habiendo experimentado grandes cambios a través del tiempo. Dicho sentimiento se basa en la capacidad para integrar las representaciones pasadas del sí mismo con las actuales y con las que imagina tendrá en el futuro. Se trata de una integración que descansa sobre una concepción del tiempo como lineal e irreversible y que fué, hasta hace poco, alentada por las ideologías del progreso y modernidad. Ahora, este tiempo no parece conducir a ningún paraíso, ni a ningún fascinante espectáculo auspiciado por la revolución tecnológica, sino a un fin catastrófico, a una guerra nuclear de la cual es imposible esperar sobrevivientes.

El vínculo temporal de la identidad, que aporta el sentimiento de mismidad es, de por sí, difícil de mantener en la etapa juvenil debido a la atmósfera de transitoriedad que predomina en este lapso. Con esta calificación, a la etapa juvenil se le privó de un presente definido que sirviera de anclaje y referencia en la superación del conflicto entre pasado y futuro, individual y colectivo; conflicto en medio del cual transcurre el proceso de reconstrucción de la identidad del joven. Esta ausencia de presente facilitó la importación de ideologías juveniles extranjeras y con ello todo un estilo consumista y desarraigante que, lejos de dotar al joven de una identidad con sentido universal, lo único que pudo aportar fué una pseudo-identidad o una fachada, detrás de la cual esconderse. La universalidad pasa necesariamente por la integración y participación con lo local inmediato, lo contrario sería evasión y rechazo de la propia realidad para sumir, en su lugar, una supuesta participación en otra extraña, modificada por una aprehensión subjetiva en la que lo incomprendible y desconocido se llena con la proyección de elementos familiares y deseables.

En la propagación de ideologías juveniles importadas y generadas en las grandes potencias, surgidas como expresión de problemas diferentes a los nuestros, los medios de comunicación surgidas como expresión de problemas diferentes a los nuestros, los medios de comunicación masiva han jugado un papel preponderante. Por medio de ellos se ha comercializado y se ha estimulado las festividades juveniles que surgieron dentro de un determinado contexto y, en un momento dado, tuvieron un sentido y expresaron un mensaje, pero cuyo destino y decodificación fué rápidamente bloqueado.

Sin embargo, lo que sí parece haber perdido/transitoriedad dentro de la juventud es su carác-

ter marginal con respecto a la sociedad, debido a su necesidad de escapar de un futuro que aterrera.

La huída del futuro, como se señaló antes, tiene un efecto fragmentario en el vínculo de integración temporal de la identidad, pero se trata de un efecto diferente, totalmente nuevo, característico de la época actual. No consiste en ser eternamente niño, o joven o viejo precoz; tampoco en una integración cíclica de estos tres momentos vitales, porque no existe un tiempo social que la soporte y que permita una alternancia determinada de las representaciones del sí mismo correspondientes al pasado, presente y futuro. Se trata más bien de un sincronismo en donde se es en forma fragmentaria niño, viejo y joven al mismo tiempo. Esta situación afecta directamente al vínculo de integración espacial de la identidad, base del sentimiento de individualidad y unicidad, ya que en este caso, lejos de ser la identidad una unidad múltiple, constituida por diferentes representaciones del sí mismo, ligadas a características del sujeto y asociadas a experiencias relacionadas con ellas, lo que se tiene es un sincretismo desarticulado de diversas representaciones que puede bloquear en parte el aprendizaje y la planificación. También el vínculo social de la identidad, base del sentimiento de pertenencia, se ve afectado, ya que estas características de la identidad se manifiestan en un comportamiento extraño para los otros, bizárra, incluso.

En síntesis nos encontramos ante una nueva problemática en la conformación de la identidad del joven contemporáneo, caracterizada por serias deficiencias de los aspectos integrativos en el proceso ininterrumpido de su formación, lo cual le da un carácter sincrético y sincrónico que no sólo dificulta su propio conocimiento, sino su integración social a través de sus manifestaciones desconcertantes y su apariencia un tanto "extraterrestre" (recuérdese el aspecto de muchos jóvenes del movimiento punk). Se trata de un estilo de autosegregación de la sociedad que pretende no sólo evadir un futuro temible, sino hacerse inmunes al rechazo social cortando también todo vínculo que los perturbe.

El futuro siempre ha sido problemático para el hombre occidental, quien concibe la muerte como el fin último del hombre concreto y de toda su obra, debido al escaso sentido de trascendencia que se le da a la vida humana. Las ideologías compensaron en gran parte estas deficiencias. Ahora las ideologías políticas tradicionales, que constituían una opción más para los jóvenes, han sufrido un grave desprestigio. En su lugar, han surgido numerosos intentos, exageradamente parciales y poco elaborados, cuyos puntos de partida pueden ser determinadas formas de manifestaciones artísticas, conductuales, que se convierten en lenguajes. Entre ellas, la moda ha sido muy importante. Por ejemplo, el cambio en la orientación temporal, a que hemos hecho alusión, comienza en los años sesenta a hacerse evidente en la indumentaria. En efecto, unos lentes de anciano se combinaban con ciertos detalles de vestimenta infantil, con otros bastante formales de adulto y con toda una gesticulación y motricidad juvenil.

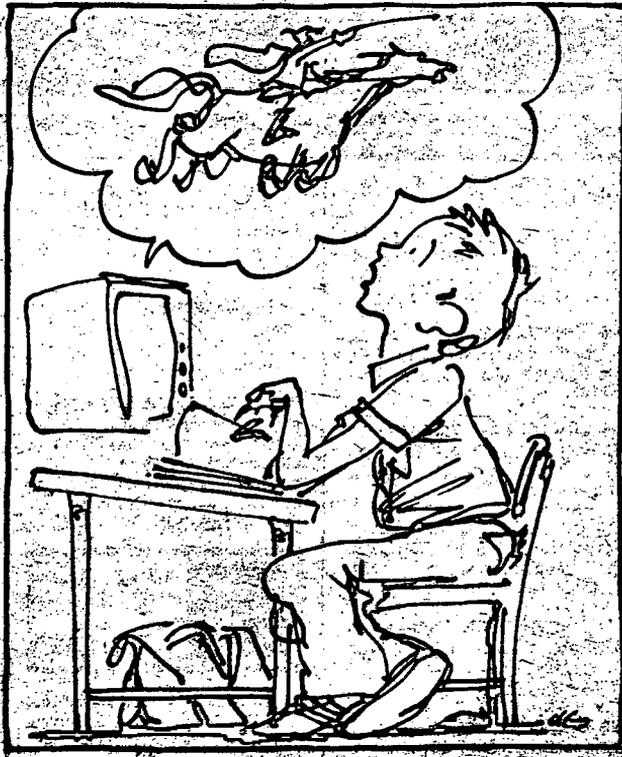
Otra forma de enfrentarse a la sociedad y evadir este futuro lo constituyen una serie de movimientos, cuyas ideologías preconizan una vuelta al pasado. Unos representan una severa crítica y reacción ante la utilización de los avances tecnológicos con ausencia de todo sentido humanístico y la orientación de sus productos hacia la construcción de un mundo en donde el hombre no tendrá cabida, si es que logra sobrevivir. Otros propugnan una total regresión al pasado en el plano de las costumbres, negando todo carácter positivo a la inventiva humana y sus logros en cuanto a ejercicio de la libertad. Tarde o temprano estos movimientos son mediatizados por ideologías que representan todo, menos la auténtica problemática juvenil. Se vuelve entonces claro el que la exaltación de la juventud, por una parte, y la creación de condiciones propicias para hacer de ella el mayor continente de conflictos e incertidumbres, convierten a esta etapa de

la vida en un objeto de fácil manipulación de parte de los grupos de poder y de las grandes potencias.

En los párrafos anteriores, hemos sostenido que la juventud contemporánea ya no lucha por ser reconocida como una etapa con existencia propia a la que se le debe dotar de un lugar en la sociedad, sino que ha aceptado activamente su exclusión de la misma, ya que el futuro que parece esperarle dentro de ella asume características catastróficas. Sus esfuerzos se dirigen hacia la creación de un espacio y tiempo social diferentes, empresa tanto más ardua que la anterior, pero que significa un reto a las capacidades creativas y al empuje juvenil.

El problema de la juventud en nuestro país, debe ser considerado, sin lugar a dudas, como el más importante, puesto que cerca del 70% de la población pertenece a este sector o está por ingresar en él. Para comprender la sociedad venezolana, sería preciso contar con una Sociología Juvenil y no con la tradicional Sociología de Adultos, surgida en contextos con distribuciones poblacionales muy diferentes, así como su historia, tradiciones y problemas.

El joven venezolano, como muchos otros, también participa en estos intentos de construir un espacio y tiempo sociales diferentes, pero esta empresa le presenta obstáculos específicos. La situación de Venezuela con una economía dependiente y muy poco diversificada, la aplicación irracional, incoherente y discontinua de modelos de desarrollo importados, la existencia de profundas diferencias sociales, han dado por resultado un espacio y tiempo sociales bastante fragmentarios, con una productividad y distribución poblacional anárquica y con una acentuada colonización cultural, especialmente en el sector juvenil. A ello se agrega una fuerte asociación entre joven y delincuente y una actitud represiva creciente ante todas sus manifestaciones, hasta el punto de que ser joven siempre conlleva riesgo. De no modificarse esta situación, y tomando en consideración el elevado número de jóvenes venezolanos, el clima de inseguridad social po-



dría adquirir una magnitud alarmante. Por cada joven, el riesgo tiene repercusiones en su grupo familiar, de allegados y de amigos, lo cual conforma la totalidad de la población.

Otro aspecto importante en esta problemática lo constituye nuestro sistema educativo con su manifiesta incapacidad para absorber la totalidad de la población en edad de escolaridad y para detener la deserción. A ello se agrega la necesidad impostergable de reformas profundas en los niveles superiores que conduzcan a una redistribución del conocimiento en agrupaciones de materias más directamente relacionadas con la problemática del hombre contemporáneo y, específicamente, del hombre venezolano.

Es también indudable el papel de los medios de comunicación masiva en esta problemática, hasta el punto de que algunos autores sostienen el surgimiento de una tipología juvenil diferente y en íntima conexión con el efecto del medio televisivo. Es este, sin embargo, un campo de estudio de difícil medición. En algunos casos se hace prácticamente imposible precisar sin los medios los que producen los problemas que presentan o si simplemente recogen los ya existentes. Creemos que ambas cosas están presentes y se refuerzan mutuamente, aunque falta mucho por conocer acerca de los efectos específicos de la influencia de los medios en los diferentes ámbitos de la actividad y en las características psicológicas de los sujetos.

Una de las formas de influencia más importantes del medio televisivo en la formación de la identidad del joven, es aportándole modelos. La necesidad de modelos en la etapa juvenil está fuera de discusión. Asumir un modelo como guía representa una salida de la incertidumbre, una solución a los conflictos que suponen elegir una opción entre varias y al temor a la originalidad solitaria.

Personalmente, durante la época en que trabajé en una institución de re-educación para jóvenes, pude constatar que el hecho de que un conocido saliera en las páginas amarillas, no era únicamente una forma de conocer de su existencia en el exterior. Para los internos significaba aumento de popularidad y respeto hacia él, y producía sentimientos de identificación y solidaridad, no muy frecuentes dentro del sitio de reclusión.

En la televisión hemos observado tres formas de presentación y utilización de los jóvenes, a saber: en las novelas, en la propaganda y en los denominados mensajes institucionales.

En las telenovelas los jóvenes, en un porcentaje considerable, son de origen desconocido por ellos y en torno a los cuales se tejen grandes engaños e intrigas. Otros son presentados con graves problemas psicológicos, a veces acompañados de una alta peligrosidad y, finalmente, están aquellos con serias dificultades para el establecimiento exitoso de pareja, en medio de un clima social en donde la lealtad, cuando se trata de este caso, está ausente. El "bueno" generalmente peca de ingenuo, mientras que el "malo" es el cerebro que manipula a todos.

En cuanto a la propaganda se puede distinguir a "grosso modo" dos tipos de presentación. En uno se suele recoger el deseo juvenil de regresar a la naturaleza y el disfrute en la participación grupal. Se trata de prácticas deportivas y recreacionales realizadas en escenarios abiertos y, por lo general, en contacto con la naturaleza, en donde se introducen productos que pertenecen a un estilo de vida totalmente diferente. El otro tipo de utilización de gente joven es para promocionar productos para gente que, no siéndolo, aspira serlo o por lo menos aparentarlo. Aquí la belleza física y el atractivo sexual juegan un papel preponderante. Finalmente nos encontramos con un conjunto de mensajes institucionales que incluyen recomendaciones, sugerencias y alertas cuya efectividad valdría la pena fuera estudiada, mejorada y aprovechada.

Por sus características, la televisión tiene lógicamente numerosas repercusiones en la formación de la identidad de los jóvenes. No sólo ha ofrecido modelos hasta ahora en su mayoría poco deseables y forjadores de pseudo-identidades, sino que puede, y de hecho lo hace, imponer



un estereotipo juvenil a la comunidad con características estigmatizantes,

Otro aspecto a considerar, dentro de esta problemática, lo constituye el tipo de comunicación de la televisión, la unidireccional recepción de los mensajes, la obligada pasividad ante los mismos, junto con una especial combinación de imágenes visuales y auditivas, que brinda pocas oportunidades para el ejercicio de la expresión verbal. Para la exteriorización del mundo interno del joven, le resta grandemente posibilidades de comunicación recíproca y directa y de despliegue enriquecedor de la imaginación en la recepción de los mensajes. Esto último en una época en la que la imaginación está destinada a desempeñar un papel importantísimo en el encuentro del joven consigo mismo y con su sociedad.

La televisión no sólo puede influir aportando contenidos y modelos a la identidad juvenil, sino en los aspectos sociales de ésta al crear determinadas condiciones para su inserción o rechazo en el medio circundante. Influye también en el despliegue de sus capacidades afectivas, intelectuales e imaginativas. Hasta ahora podemos asegurar que no lo ha hecho en una forma constructiva, pero los recursos existen.

Una profunda y objetiva revisión crítica de los programas que llegan a la población juvenil, una valiente reforma del sistema educativo, junto con una mayor intensificación en la comunicación del grupo familiar y los grupos primarios del joven, podrían contribuir a la creación de condiciones más propicias para que los esfuerzos de los jóvenes venezolanos por construir un mundo diferente y mejor no se perdieran en el vacío ■